

propuestas por las organizaciones nacionales, perjudicaran los intereses alcazareños.

Esta es la razón, el fundamento y la causa de que ninguna organización nacional pudiera contar con los alcazareños si en sus propósitos había alguna cosa que pudiera perjudicar a nuestro vecindario, el cual valoró, aplaudió y apoyó sin reservas la actitud republicana cuya solvencia moral fue siempre reconocida por propios y extraños, tanto por los colaboradores como por los adversarios.

Y ahora pudiéramos vernos en un momento de aquellos que los republicanos solventaron tan gallarda y alcazareñamente, con el máximo sacrificio de proclamar su autonomía y aunque el partido socialista tiene su origen en aquellos republicanos, ha cambiado sus formas y son otras sus normas e intereses y no es probable que lleve su espíritu de sacrificio a la altura de los republicanos aquellos en cuyo seno se criaron con independencia absoluta y desprecio de medidas egoístas, manteniendo el emblema de la pureza a la vista de todo el mundo, teniendo a gala el orgullo de una conducta imaculada.

Se ha perdido mucho de aquel halo de nobleza que lo enaltecía todo y hacía meritorias las actuaciones, cuando Don José María Esquerdo, Pablo Iglesias, Galdós, Zulueta y otros muchos, como Castrovido, Menéndez Pallares, aquel hombre pequeñito que gorjeaba en la tribuna como ruiseñor en el árbol, estaban rodeando la figura de Don Gumersindo de Azcárate para dar carácter de firmeza a sus explicaciones doctrinales que chocaban con la multitud.

El teatro Madrileño, situado en la acera de la izquierda de la calle Atocha, frente a la calle Fúcar aproximadamente, fue en el que más veces escuché la voz pausada y paternal de Don Gumersindo, los sábados anochecho, que era un apóstol de la democracia.

El timbre de este teatro que era un local más bien pequeño, contrastaba con el enorme escándalo que se oía en todo Madrid al empezar las funciones y también con la luminosidad de su puerta y zaguan, que sin haber nadie parecía que la gente se estaba matando por entrar, y la brillantez de su luz que achicaba la del propio Antón Martín a esas horas y resaltaba los acharolados zapatos de las chicas que salían de los obradores.

La máquina del exprés iba siempre propagando su impulso y su poderío y desde muy lejos nos transmitía el eco de sus mil ruidos encadenados en una misma marcha de la que el maquinista se consideraba campeón porque se le pega del tren su propia gloria y poder.

Viene el exprés desde muy luengas y accidentadas tierras, con muy pocos espacios propicios a la carrera, pero al llegar a la Mancha encuentra su paraíso y da gusto verle de volar por los llanos de Cinco Casas, un verdadero encanto